

ESPAÑA. SIGLO XIX: LOS GUERRILLEROS (Y II)

JUAN Martín «El Empecinado», Espoz y Mina y el sacerdote Jerónimo Merino pueden considerarse las tres figuras culminantes de la guerrilla española. Los tres son hombres de caracteres muy diferentes, con genio militar, dotes de mando, valor a toda prueba e inteligencia natural. Cuatro cualidades necesarias a todo jefe guerrillero.

De los tres, Mina, el llamado «Napoleón de la guerrilla», es el que brilla a más altura en el plano táctico militar. «El Empecinado» será el prototipo de la audacia y el valor físico, y Merino tendrá como características más salientes la astucia y la crueldad.

La trayectoria histórica y polí-

tica de estos hombres será muy diferente, y adquiere caracteres de tragedia shakespeariana en el caso de Juan Martín, cuya muerte es uno de los sucesos más vergonzosos y escalofriantes del siglo XIX español. Mina, liberal y culto, terminará sus días en Francia, admirado por sus antiguos enemigos, después de fracasar en la última etapa militar de su vida frente al genio bélico y guerrillero del vasco Zumalacárregui.

Merino, reaccionario obstinado hasta el fin de sus días, llega a alcanzar el fajín de general y el puesto de gobernador militar de Burgos. Luego se pasará al bando carlista y lucha hasta el abrazo de Vergara. Marcha derrotado a Fran-

cia, donde murió olvidado en 1844. Es el último en morir de los «tres grandes».

Sobre la vida y las hazañas de estos hombres conocemos realmente poco, teniendo en cuenta la época en que vivieron y su importancia histórica. En cualquier otro país, seguramente, un hombre como «El Empecinado» tendría plazas con su nombre en todos los pueblos. Aparte de ser un personaje legendario, Juan Martín fue uno de los liberales más sinceros y representativos del romanticismo europeo y, desde luego, del español.

Nace el año 1775 en Castrillo de Duero, Valladolid, y como simple soldado participa en la Guerra del Rosellón contra los franceses,

en 1795. Desmovilizado, Juan Martín se retira a su pueblo, donde vivió oscuramente alternando algunos oficios con la labranza de tierras. Frederick Hardman nos lo describe como «ocupado, unas veces en cavar y podar los viñedos, y otras en recaudar un impuesto sobre las mercancías vendidas en el distrito vecino, impuesto perteneciente al patrimonio del duque de Osuna».

«En invierno —añade— iba a los montes próximos, con su hacha y su pollino, cortaba leña y la vendía en los pueblos del contorno».

Al empezar la guerra, Juan Martín lo abandona todo y combate de nuevo como soldado a las órdenes del general Cuesta, que es

LOS «TRES GRANDES»



«El Empecinado» llegó a ser la figura mítica de la guerrilla española.

Dotado de un valor a toda prueba y una fuerza física asombrosa, representa el tesón y la voluntad de vencer afrontando cualquier riesgo.

Su muerte fue un asesinato y una vergüenza nacional que hay que añadir a la cuenta de los absolutistas de la «España negra».



Astuto, cruel y certero, el cura Merino representa el estamento religioso reaccionario que tiene destacada participación en el combate guerrillero. Cuando la Guerra de la Independencia termina, Merino seguirá combatiendo con las armas sus posturas «ultras» y absolutistas, y contribuyendo a que la victoria de la insurrección armada española resultara políticamente estéril para el porvenir democrático del país.



Espoz y Mina fue el jefe guerrillero más dotado de cualidades tácticas, esto hace que se le haya llamado el «Napoleón de las guerrillas». Su habilidad para dispersar fuerzas y concentrarlas en el momento oportuno, su inteligencia, aplicada a la guerra de partidas, no evitan en él una flexibilidad y dureza común al resto de los guerrilleros.



La perfecta máquina militar napoleónica necesitaba vitalmente dominar las escasas vías de comunicación existentes en España para impartir las órdenes. Por eso, el ataque a los correos era uno de los que más mella podían hacer en el mando francés. En la foto —sacada de un grabado inglés de la época—, un grupo de guerrilleros atacando a un mensajero de la caballería francesa.

FERNANDO MARTINEZ

derrotado fácilmente por los franceses en Cabezón y Rioseco.

Roto el contacto orgánico con sus jefes, Juan Martín forma una partida con los restos del batallón vencido, y a partir de ahí sus acciones como guerrillero por tierras de Soria, Segovia, Burgos, Salamanca, Guadalajara, Cuenca y el Bajo Aragón asombran a amigos y enemigos. «El Empecinado» —mote que llevaban al parecer los nacidos en Castrillo— intercepta correos, dispersa fuerzas enemigas, hostiga destacamentos, secuestra, persigue, acosa, incendia y destruye. Llega a dominar casi toda la cuenca del Duero, se apodera de Roa, Salamanca, Calatayud y libera a Cuenca del sitio francés. La Junta Central, impresionada, le concede primero el grado de capitán, y luego el de general. Dotado de una fuerza física calificada de «increíble» por sus contemporáneos, y de audacia y valor rayano en la imprudencia, Juan Martín llegó a tener bajo su mando directo a más de 4.000 hombres, casi la mitad de ellos de caballería. Los franceses destacaron efectivos muy importantes para acabar con él, y pusieron su cabeza a precio en cinco mil duros.

Galdós, con vena literaria, dice

de «El Empecinado» que: «Con arte no aprendido, supo y entendió el primer día la geografía y la estrategia... Su espíritu, como el de Bonaparte en esfera más alta, estaba, por íntima organización, instruido en la guerra y no necesitaba aprender nada».

Al terminar la guerra, Juan Martín ve con horror que todo su esfuerzo sólo ha servido para acelerar la vuelta del despotismo y el terror blanco desatado contra los liberales. La palabra «Constitución» no tiene todavía sentido en un país donde el 90 por 100 de la población es analfabeta, y donde se encuentra natural que «uno» mande y los demás obedezcan porque Dios así lo ha dispuesto.

En la pugna entre el «Vivan las cadenas» y el «Viva la Constitución», «El Empecinado» no duda, y se proclama liberal. Es desterrado, y al triunfar la sublevación de Riego volverá a poner su espada por la libertad del país. Es nombrado gobernador de Zamora, lucha hasta los últimos momentos contra los Cien Mil Hijos de San Luis, enviados para restaurar el absolutismo. Refugiado en Portugal, pide al Rey designación de residencia, confiando en que su eterna fortuna y su leyenda ha-

rian imposible cualquier traición. Fernando VII le designa como residencia Aranda de Duero, y al pasar por Roa, el corregidor del lugar le detiene y encierra en la cárcel durante dos años, en los que estuvo sometido a las mayores vilezas.

El triste final nos lo relata Mañón con indignados ecos:

«Cuando fue aprisionado en Roa y conducido a ejecutar por la plebe, rompió las ligaduras que sujetaban sus manos al ver su espada en las de un oficial realista, y se abalanzó a arrebatarla. Era la famosa espada que le había regalado Jorge III, arma tan pesada que otro brazo que no fuera el suyo, verdaderamente férreo, no la hubiera podido sostener cinco minutos, pero él la manejaba como un juguete. Así el arma por el filo y casi se seccionó los dedos; este accidente le impidió apoderarse del arma. De no haber ocurrido esto hubiera seguramente escapado a la canalla que le rodeaba. Así y todo, desarmado e indefenso, hizo frente durante largo rato a sus cobardes ejecutores, hasta que varios hombres, acercándose por detrás, le arrojaron una capa sobre la cabeza y le sujetaron, echándole una

cuerda al cuello, de la que le colgaron de un árbol». Otros historiadores aseguran que fue acribillado a bayonetazos por los soldados que le rodeaban, y ahorcado después de muerto. Era el 19 de agosto de 1825.

«Le Roi de Navarre»

Si «El Empecinado» era la fuerza, el navarro Francisco Espoz y Mina representa la inteligencia aplicada a la táctica guerrillera. Labrador nacido en Idocin, empieza su carrera combatiente en 1810, mandando la guerrilla de su sobrino Mina «El Mozo», al caer éste prisionero. A partir de entonces, Mina se erige en el campeón indiscutible de las guerrillas en el Norte de España. Desbarata movimientos del enemigo, apresa convoyes y llega incluso a vencer a los franceses en batallas en campo abierto, como la de Sangüesa (enero de 1812), contra el general Abbé, causándole más de mil muertos y capturando 400 prisioneros. Los propios franceses empiezan a llamarle «Le Roi de Navarre», y su nombre se hace famoso, además, en Aragón, Castilla y Cataluña. En la «Galería de españoles ilustres. Retratos y biografías», publicados por el «Correo Español», en 1894, se dice de él que «dio tanto que hacer a los franceses, que Ralle, general enemigo, para combatir su partida de 3.000 hombres, organizó un ejército de 30.000... Mina supo luchar ventajosamente con uno contra diez, gracias a sus conocimientos del terreno y a su pericia no aprendida». Y en la «Historia Contemporánea de España y Portugal», de Manuel Ferrandis y Caetano Beirao, puede leerse: «Sus marchas y contramarchas le hacen temblar a los generales franceses, aparece donde menos se lo espera. Ataque solo o combinado con las tropas españolas, las inglesas o las de otros guerrilleros, sus golpes fulminantes alcanzan gran renombre, y sus encuentros se hacen innumerables. Toma ciudades, captura millares de prisioneros, se apodera de numeroso material de guerra, llueven sobre él los honores, alcanzando el grado de mariscal, y da a sus campañas un matiz de dureza e inflexibilidad. Sus victorias en Huesca y Ayerbe, Jaca y Sangüesa, Mañeru y El Roncal, son, entre otras muchas, un exponente de la capacidad militar de este antiguo labrador, que entorpeció gravemente los movimientos del ejército invasor y colaboró de un modo decisivo en la victoria final».

Como «El Empecinado», al terminar la guerra, Mina se siente defraudado. El no es de los que

LOS TRES GRANDES

claman en «El Fernandino» (18 de abril de 1814):

¡Oh, Fernando! ¡Sin igual queri-
[do!
¿Querido digo? Más bien idolatra-
[do.

Ni cree, como el firmante seudónimo: «Un español por la gracia de Dios» («Contestación a los Diarios Provinciales del 19 y 20 de abril de 1814»), que:

«Enemigo es declarado
de las sacrosantas leyes
el que abrogarse pretende
los derechos de los Reyes».

En 1814, Mina se alza en Pamplona y proclama la Constitución de 1812, pero su voz se pierde en el desierto de la indiferencia y la gigantesca represión absolutista. Emigra entonces a Francia, para regresar en 1820, con el triunfo del Trienio Liberal, nombrado capitán general de Navarra.

En 1822, cuando las cosas vuelven a ir mal para los constitucionales, Mina combatirá los conatos de rebelión absolutista en Cataluña, y al producirse la invasión del duque de Angulema, huye a Inglaterra y luego a Francia, donde trata de obtener la ayuda de Luis Felipe de Orleans para restablecer la Constitución en España. El 18 de octubre de 1830 vuelve a cruzar los Pirineos con una partida de la que formaban parte el antiguo guerrillero Joaquín de Pablo «Chapalangarra» y Espronceda, pero fracasa y tiene que volver al exilio en Francia, hasta la amnistía general decretada en 1833. La guerra carlista está en su apogeo, y Mina, ya casi un anciano agotado por la guerra, la frustración y el destierro, es nombrado general en jefe del ejército del Norte. Su genio táctico se estrella esta vez contra Zumalacárregui, que lucha en su terreno y en plenitud de sus facultades militares. El «Napoleón de las guerrillas», que ahora se ve obligado a desempeñar el papel de perseguidor esquivado, se impacienta y presenta la dimisión en 1835. Luego, con Mendizábal en el Gobierno, es nombrado general en jefe de Cataluña, y ratifica el fusilamiento, decretado por el general Noguera, de María Griñó, la madre de Cabrera, el rabioso carlista que terminará también sus días en el bando liberal.

Mina, desanimado, dimite de nuevo en 1836 y pasa a Francia, donde muere el 13 de diciembre de ese mismo año. Como testimonio deja un libro de curioso título: «Memorias del general don Francisco Espoz y Mina, escritas por él mismo», que no verá la imprenta hasta el año 1850, editado por su viuda, doña Juana María de la Vega.



La idea fija inmediata del guerrillero no es derrotar al enemigo, sino destruirlo; si es necesario, uno a uno. Los soldados rezagados eran fácil presa, y para ellos no había piedad.

El cura de Villoviado

Injusto sería no colocar entre los tres grandes de la guerrilla española del siglo XIX a Jerónimo Merino, uno de los combatientes más astutos y crueles con que tuvieron que vérselas los ejércitos napoleónicos en España. Merino era cura de Villoviado, un pueblo burgalés cercano a Lerma, de donde un día le sacaron los franceses para que les ayudara a trasladar unos instrumentos de música. El señor cura, cuando llega a Lerma cargado como una acémila, deja los instrumentos en el suelo y, haciendo la señal de la cruz con los dedos de la mano, grita a los soldados franceses: «Os juro que éstas que me las vais a pagar».

Excelente tirador y uno de los

mejores jinetes de su tiempo, el cura de Villoviado forma partida, y utilizando el monasterio de San Pedro de Arlanza como cuartel general, comparte el dominio de Castilla la Vieja con «El Empeinado». La Junta Central le otorga el generalato.

Cuando termina la guerra, Merino se declara absolutista a ultranza y se dedica a perseguir con saña a todo liberal que encuentra a su alcance. Cuando en 1820 llega la hora de la Constitución, Merino levanta otra vez partida y se convierte en un señor feudal de la guerra, a quien sus seguidores obedecen en su doble condición de cura y guerrero. Reaccionario por convicción y extremista por naturaleza, tras el Convenio de Vergara, emigra a Francia, donde muere

maldecido a Maroto y a los liberales.

La figura de estos tres «superjefes» no puede hacer olvidar el carácter esencialmente popular y anónimo de la Guerra de la Independencia. La contienda tuvo índole popular, porque supuso la aparición de las masas como principal elemento activo de la vida política y militar española, y porque trató —sobre todo en los primeros momentos— de «dar a la monarquía una nueva orientación que hiciera imposible el despotismo ministerial». (Vicens Vives, «Aproximación a la Historia de España».)

Pierre Vilar, en su célebre «Histoire d'Espagne», abunda en la misma opinión cuando dice que «el movimiento... manifiesta un descontento». Lo que ya había constatado Carlos Marx al hablar en su artículo del 27-X-54, aparecido en el «New York Daily Tribune», de una tendencia en el alzamiento español «a practicar reformas sociales y económicas».

Por otra parte, resulta obvio que una guerra de seis años contra el mejor ejército del mundo en su época no hubiera podido ser mantenida —y mucho menos ganada— de no haber sido por una abrumadora intervención popular, base misma de las guerrillas. Como también resulta obvio que la insurrección independentista tiene en su seno elementos absolutistas, reaccionarios y fanático-religiosos, que acabarán neutralizando los impulsos regeneracionistas y abortando la revolución. Resumiendo con las palabras de Vilar, diremos que la reacción popular llevaba en su seno «dos Españas ya existentes unidas contra el enemigo, pero —entre tanto— viviendo en profunda contradicción».

Luchar en guerrilla

«Igual que Don Quijote protestaba con su lanza contra las armas de fuego, así se enfrentaron los guerrilleros con Napoleón, pero con otro resultado».

(C. Marx,
«Revolución en España».)

El autor de «El Capital», uno de los historiadores más inspirados de la realidad española del siglo XIX, distingue tres períodos en la historia de la guerrilla durante la Guerra de la Independencia. El primero —que podemos situar entre 1808 y 1809— incluye el levantamiento general, cuando «la población de provincias enteras tomó las armas y se lanzó a la guerrilla». El segundo —entre 1809 y 1812— es el período de auténtica formación y engrosamiento de las partidas que «constituidas por los restos de los ejércitos españoles, por desertores es-

pañoles de los ejércitos franceses, contrabandistas, etcétera, continuaron la guerra como asunto propio, independientemente de toda ajena disciplina y en función de su inmediato interés». En este período —según Marx—, las guerrillas fueron peligrosísimas para los franceses, pero no tuvieron ni «envergadura temible ni verdadera compacidad». Es esta la época dorada de la guerrilla, libre de toda traba al poder central, cuando «la parte más activa y audaz del pueblo se sumaba a las partidas», sin que los franceses pudiesen dar la respuesta adecuada a este tipo de resistencia desconocido para ellos.

En el tercer período (1812-14), las guerrillas engrosan sus efectivos hasta llegar a constituirse en organizaciones militares semejantes a las regulares. «Dejaron entonces —dice Marx— de ser asunto de la población entera, para caer en manos de unos cuantos caudillos que las utilizaron según convino a sus propios intereses».

Con efectivos tan numerosos, las guerrillas se ven obligadas a salir a campo abierto, sus movimientos se hacen más lentos y su retirada más difícil, sufriendo derrotas que quedan paliadas por el curso inexorable de la guerra a favor de los ejércitos anglo-españoles.

Esta tercera alternativa de la guerrilla convertida en cuerpo de ejército casi regular llega forzosamente cuando la guerra cobra aspecto favorable, y supone la liquidación de las partidas integradas en el esfuerzo general y centralizado de la lucha, como han puesto de relieve todos los teóricos de la lucha partisana.

«Empezada con el levantamiento de poblaciones enteras —dirá Marx—, la guerra guerrillera fue luego realizada por bandas cuya reserva estaba constituida por aquellas mismas poblaciones, y terminó siéndolo por «corps francs», siempre a punto de atrofiarse en partidas de bandidos o de hundirse hasta el nivel de regimientos regulares».

Los principios básicos

Los principios base de la guerra de guerrillas permanecen casi inalterables desde 1808 hasta hoy. Únicamente la moderna aparición del «guerrillero urbano» supone un cambio estratégico-cualitativo importante en la concepción guerrillera de nuestros días, y viene dado mucho más en función de la variación del medio —el desarrollo y concentración del poder en las grandes urbes— que de la táctica y los objetivos propios de la guerrilla clásica.

Para empezar convendría aclarar lo que se entiende por guerrilla o «partida».



La marcha por riscos y sierras, casi siempre campo a través, era la acción más corriente de las guerrillas, y les permitía aparecer y desaparecer en los lugares más imprevistos. En el grabado que aparece en la foto, una columna de guerrilleros atravesando la sierra de Guadarrama, y arengada por un fraile armado de espada.

La definición del diccionario: «Partida de paisanos, por lo común no muy numerosa, que al mando de un jefe particular y con poca o ninguna dependencia de los del ejército, acosa y molesta al enemigo», nos parece poco apropiada, porque un guerrillero no tiene necesariamente que ser un paisano, y porque los objetivos de la guerrilla son algo más que «acosar y molestar» al adversario. Por otra parte, carece de sentido el término «jefe particular» en los manuales de la guerrilla.

El tratadista militar prusiano W. Rustow considera la guerra de guerrillas como un caso particular de la llamada «guerra en pequeña escala». Para Rustow, la guerra de guerrillas es aquella que abarca las operaciones contra la retaguardia o las líneas de comunicación del adversario efectuadas por «cuerpos de voluntarios militarizados o por los habitantes del teatro de la guerra». La tesis de

Rustow, aunque más exacta en su tiempo, carece hoy de validez general, porque la guerra de guerrillas tiene entidad suficiente como para no ser considerada un caso particular de la guerra en pequeña escala.

La Junta Central, tratando de imponer un cierto orden en la nueva forma de lucha, publica, el 28 de diciembre de 1808, un «Reglamento de Partidas y Cuadrillas», en el que se definen los objetivos de las guerrillas «contra el enemigo con claridad y detalle, haciendo incluso mención del factor psicológico. «Evitar la llegada de subsistencias, hacerles difícil vivir en el país, destruir o apoderarse de su ganado, interrumpir sus correos, observar el movimiento de sus ejércitos, destruir sus depósitos, fatigarlos con alarmas continuas, sugerir toda clase de rumores contrarios, en fin, hacerles todo el mal posible».

Conviene destacar que las voces

guerrilla y guerrillero no eran las usuales en la Guerra de la Independencia, y, según Almirante (Diccionario Militar, Madrid, 1869), su introducción se debe a los franceses, que designaron como «petite guerre» a las operaciones desarrolladas contra las partidas. Habiéndose impuesto hoy el término en casi todos los idiomas del mundo.

Conservar y destruir

La guerra de guerrillas española de 1808-14, y tras ella todas las que han venido, parten de un supuesto necesario: la inferioridad militar clásica, que no permite mantener las posiciones (el espacio) frente al enemigo, y necesitan de otro supuesto: la beligerancia universal y permanente (apoyo popular) para su desarrollo y mantenimiento. Es lo que Mao Tse Tung ha definido sencillamente como «sublevar y organizar al pueblo».

Estos dos factores, por una serie de circunstancias, se dan de un modo rotundo en la Guerra de la Independencia. Frente a los trescientos mil aguerridos veteranos de la Grand Armée napoleónica, el ejército profesional español dispone, en 1808, de 87.200 soldados de Infantería, 16.600 de Caballería, 7.000 de Artillería y 1.200 de Ingenieros, mandado por unos generales que están muy por debajo en capacidad a los franceses. El resultado es la derrota, la dispersión de las unidades, incapaces de presentar batalla en campo abierto.

En cuanto al segundo factor, el apoyo popular y permanente a las guerrillas, se vio reforzado por la táctica represiva adoptada por las tropas napoleónicas. «Nuestros generales —escribió Miot de Méliot— creyeron apagar en su origen el alzamiento por medio de rigores y ejecuciones militares. Pueblos, ciudades como Torquemada y Cuenca, fueron entregados a las llamas o al saqueo. Este medio terrible, en vez de amedrentar, aumentó el furor».

Débiles al principio, los guerrilleros son simples labriegos que se ponen de acuerdo para matar a un soldado francés o para robar un correo. Es la táctica del disimulo y el linchamiento, descrita también por Miot: «Los hombres, ocupados en las faenas del campo, cogían el fusil oculto en la tierra si veían pasar un francés solo, y en cambio para el destacamento que cruzaba por su terreno no eran más que pacíficos agricultores». No será hasta más tarde cuando los guerrilleros se agrupen en partidas alrededor de un jefe.

Toda la ventaja de la guerrilla sobre los ocupantes se condensa en

LOS TRES GRANDES

dos palabras: movilidad y sorpresa, lo que le permite llevar la iniciativa y golpear los puntos más débiles del adversario en el momento y lugar elegidos. Para conseguir esto, el guerrillero jamás defiende el terreno que ocupa, y lo considera siempre un mero escondite ocasional. Sacrifica el espacio (terreno) para ganar tiempo (sorpresa).

Los guerrilleros operan siempre en profundidad. (Mao dirá luego que una guerrilla no tiene retaguardia.) No presentan batalla al enemigo cuando son atacados, y no le dan respiro cuando se retira o cuando está desprevenido. La rapidez de movimientos, el conocimiento del terreno y el apoyo de la población son sus bases fijas, hasta formar lo que Miot de Méliot califica de «ejército invisible». («Un ejército invisible se extendió sobre casi toda España como una red de la cual no se escapaba ningún soldado francés que se alejara un momento de su columna o de su guarnición. Sin uniforme, y en apariencia sin armas, los guerrilleros escapaban fácilmente a las columnas que los perseguían y, muchas veces, las tropas que iban a combatirlos pasaban por medio de ellos sin saberlo».)

«Conservación de la propia fuerza, destrucción de la del enemigo» es la regla de oro que todos los guerrilleros aplicarán instintivamente. La idea del guerrillero no es derrotar al enemigo, sino destruirlo, si es necesario uno a uno. «Con las guerrillas —ha escrito en sus Memorias el general francés Thiebault— no había combates de duración limitada; era una lucha continua, sin descanso e interrupción; no perdían la ocasión de asechancia o emboscada, aprovechaban todas las horas, todos los lugares, y acababan siempre por perseguir a los que les habían perseguido. Las guerrillas no mataban nunca muchos hombres de una vez, mas como renovaban incesantemente los golpes, nosotros concluimos por gastar, sin resultado alguno, un ejército escogido que tanto interesaba conservar».

Y el abbe de Pradt, en testimonio recogido por Marx, dice que: «No fueron batallas ni choques lo que agotó al ejército francés, sino el continuo acoso de un enemigo invisible que, al ser perseguido, desaparecía disolviéndose en el pueblo, para reaparecer inmediatamente con renovada energía. El león atormentado hasta la muerte por el mosquito de la fábula proporciona un buen cuadro de la situación del ejército francés».

Siendo la finalidad estratégica de la guerrilla la destrucción del enemigo, queda claro que los medios para conseguirlo apenas contarían en la mente de los guerrilleros. Frederick Hardman, que aunque no estuvo en la guerra habló con tes-



La peculiar indumentaria de la caballería guerrillera queda reflejada en este grabado recogido en la obra «Souvenirs pittoresques du general Bacler D'Albe», que se conserva en la Biblioteca Nacional de París.

tigos presenciales, relata cómo el cura Merino encerró a 700 prisioneros franceses y polacos en un cobertizo y les quemó vivos. El hecho puede ser o no verídico, pero lo cierto es que los guerrilleros que caían en manos francesas tampoco lo pasaban mejor. El empalme, recogido por Goya en algunos de sus grabados, debía de ser práctica frecuente. Todo ello da a esta guerra en general, y al combate de los guerrilleros en particular, visos de una crueldad realmente extraordinaria.

Para conseguir la destrucción de las fuerzas enemigas, el guerrillero necesita adquirir superioridad momentánea en un solo punto determinado, lo que le garantiza el éxito. En caso de duda razonable

sobre el resultado, un buen jefe guerrillero no ataca y espera. Un soldado francés que participó en la guerra de España refiere cómo un destacamento compuesto de veinticinco dragones se vio rodeado en una ocasión por más de cuatrocientos guerrilleros. Todos los dragones fueron exterminados, excepto un oficial, al que los «brigands» dieron por muerto. «La táctica de la guerra —diría Mina con sencillez en sus Memorias— era acudir allí donde se anunciaban enemigos a quien combatir con alguna ventaja».

Para conseguir superioridad «aquí y ahora», el guerrillero necesita echar mano de su mejor arma: la movilidad. Una guerrilla, o se mueve más rápido que el ene-

migo o está perdida. Si es localizado y fijado el guerrillero, no tendrá nada que hacer. Es lo que Mao, más de un siglo después, condensaría en su célebre máxima, incluida en su famoso «Yu Chi Chan» («Guerra de guerrillas»): «Si el enemigo ataca, nos retiramos; si se detiene, le hostigamos; si se retira, le perseguimos».

De acuerdo con numerosos testimonios de la época, el guerrillero español, en el uso de la movilidad, fue un consumado maestro.

El general Nylies recuerda cómo durante un mes persiguió a la guerrilla de «El Empecinado», «sin poderle obligar a combatir». Cuando se veían muy apurados, los jefes guerrilleros dispersaban a sus hombres, incluso individualmente, les indicaban un punto de reunión muy alejado y desde allí descargaban un nuevo golpe. Fácil es comprender la desesperación de los generales napoleónicos ante este nuevo tipo de guerra, que les obligaba a perseguir «brigands» continuamente, a través de terrenos desfavorables.

«Mis voluntarios —escribe Mina, relatando una encarnizada persecución— pudieron substraerse de caer en sus manos conservándose en parajes de difícil acceso y experimentando grandes privaciones. Imposibilitado de poder emprender nada por mi parte, recorría con pocos hombres los puntos por donde se hallaban aquellos desparramados, animándoles y haciéndoles confiar en nuestra nueva reunión».

No hay auténticas batallas en las guerrillas porque no hay, salvo en casos de error por una de las dos partes, encuentro deliberado entre dos enemigos que se buscan. «Las guerrillas son la sorpresa —escribe Galdós en sus «Episodios»—, y para que haya choque es preciso que una de las dos partes ignore la proximidad de la otra. La primera calidad del guerrillero, aun antes que el valor, es la buena andadura, porque casi siempre se vence corriendo. Los guerrilleros no se retiran, huyen... La base de su estrategia es el arte de reunirse y dispersarse».

Importante para el éxito de los guerrilleros, además de la movilidad, es disponer de una red de información completa y segura. Una guerrilla sin espías carece de ojos y oídos, y se verá en la trampa tarde o temprano. En todos los relatos de acciones guerrilleras surge la figura del agente o mensajero, informador que asegura la sorpresa. Su misión es arriesgada. Si las cosas salen bien para la partida, se hará un día u otro sospechoso al mando francés, y morirá fusilado o a golpes de tortura. Si las cosas van mal para la partida, los guerrilleros buscarán en él un chivo expiatorio, y la palabra «traición» saldrá en seguida a relucir. Será repudiado y ejecu-



Toda la ventaja de la guerrilla sobre las tropas regulares se condensa en dos palabras: movilidad y sorpresa, lo que le permite llevar siempre la iniciativa en sus ataques. El guerrillero nunca defiende el terreno que ocupa, excepto en las ocasiones en que se ve irremediamente obligado. En la foto —sacada de una litografía de Engelmann—, una partida guerrillera se defiende del ataque de una columna francesa.

tado en cualquier rincón del monte.

No hay que buscar en estos informadores los tipos extraordinarios y novelescos tan del agrado de la romántica visión histórica barojiana (Aviranta, Van-Halen...). Los mejores informadores de la guerrilla solían ser gente del pueblo raso. Arrieros, contrabandistas, mendigos, criados, mozos de cuadra, pastores, venteros, maritones... Es el mundo de la picaresca el que proporciona los mejores espías al guerrillero.

Dominar los caminos

Se hace difícil precisar con alguna exactitud el número de españoles alistados voluntariamente en la guerrilla. Canga Argüelles da a bulto la cifra de 36.500, aunque estima la relación incompleta. Por su parte, Gómez Arceche, en su «Historia de la Guerra de la Independencia», amplía el número hasta los 50.000, lo que parece caer dentro de lo verosímil si tenemos en cuenta que las partidas más numerosas no llegaron a superar los cuatro o cinco mil hombres, y si pasaron de más fue cuando actuaban ya en plan de unidad regular.

en línea con el ejército hispano-británico. Por lo general, hay que considerar que las partidas no pasaban de unos cuantos centenares de hombres, cifra que hoy parece excesiva, y que sólo se explica teniendo en cuenta los escasos medios de observación de que disponía el ejército francés comparados con los actuales.

El hecho de que un contingente de 60.000 hombres lograra tener en jaque a un ejército de ocupación que, en julio, rayaba en los trescientos sesenta mil soldados, dirigido por los mejores generales de su tiempo, es el mejor elogio que puede hacerse de la actuación de los guerrilleros. Y aunque hay que tener en cuenta que el esfuerzo principal de este ejército iba dirigido contra Wellington, en la frontera portuguesa, lo cierto es que en algunos momentos decisivos los franceses necesitaron emplear casi las cuatro quintas partes de su ejército en mantener la ocupación y asegurar las comunicaciones con Francia. Wellington, como admite el tratadista británico Liddell Hart, no hubiera resistido en Torres Vedras el empuje de Massena si éste hubiera dispuesto de la mitad de los efectivos que Napoleón había

instalado en la Península. Massena tiene que resignarse a plantear batalla a Wellington con sólo cincuenta mil hombres, porque los soldados franceses únicamente son dueños del terreno que pisan y no se pueden distraer fuerzas. Un soldado de Napoleón lo ha expresado con palabras trágicas: «La marcha de nuestro ejército se asemeja a la de un barco, que va abriendo surco en el mar y lo ve cerrarse tras sí apenas ha avanzado».

Una máquina bélica tan perfecta como el ejército de Napoleón no podía funcionar sin información ni abastecimientos. Esto hace que el control de las comunicaciones, en un país como España, donde además no eran abundantes, se convierta en una auténtica obsesión del mando francés ante las acciones de los guerrilleros. Blake admitirá indignado que muchas veces no basta un batallón para escoltar una carta. La noticia de Ballén tardó una semana en llegar a Madrid, y las instrucciones de Napoleón desde París llegaban a manos de su hermano con un mes de retraso en ocasiones. En la Historia de Menéndez Pidal se cuenta que un convoy tardó treinta y siete días en llegar a Madrid desde los Pirineos,

con una escolta de 4.000 hombres, incluyendo caballería y cañones.

Está claro que en semejantes condiciones las bajas francesas tuvieron que ser muy numerosas, y algunos autores las elevan a cien muertos diarios. «Las guerrillas —dirá Bigarre— han causado más pérdidas a los ejércitos franceses que todas las tropas regulares durante la guerra diaria; está probado que nos asesinaron cien hombres diarios».

Otros autores, sin embargo, consideran que la importancia de los servicios de las guerrillas a la causa de la guerra no debe ser exagerada, ya que no fueron los guerrilleros los que dieron el golpe de gracia al ejército napoleónico, sino las tropas regulares anglo-hispanas al mando de Wellington.

El ocaso

El 22 de marzo de 1814 entra Fernando VII a España por Perpignan y recorre Cataluña, Aragón y Valencia entre el delirio de la multitud que le acoge a su paso. En esta última ciudad, el 4 de mayo, firma un decreto anulando toda la obra de las Cortes Constituyentes. España pasa a ser un país feudal, donde se restablece la Inquisición, se anulan las libertades individuales y de prensa, y se encarcela y mata a los progresistas de la época. El pueblo ha ganado la guerra, pero desorientado no sabe qué hacer con su victoria y la pone a los pies del tirano. La Constitución, en un país con un 90 por ciento de analfabetos, es un papel todavía abstracto para un gran número de gente, que identifica la monarquía absoluta con la voluntad de Dios. La burguesía —incapaz de ponerse a la cabeza del pueblo durante la guerra— pagará las consecuencias de su timidez suicida.

Los guerrilleros más destacados —liberales en buena parte— desmovilizan sus partidas y pierden la fuerza. Algunos quizá piensen al ver a los absolutistas campar por sus respetos que han sido demasiado cándidos en dejarse arrebatar, sin pena ni gloria, lo que ha costado tantas vidas, tantos guerrilleros...

Volverán a sus casas, continuarán en el ejército, adquirirán honores o marcharán al exilio. Muchos continuarán esperando la ocasión de volver a los montes, algunos urdirán complotos y levantamientos; otros, la mayoría, recogerán de nuevo las mulas, los aperos, la mujer, los hijos, el hambre... y serán —como antes— los eternos campesinos.

Al llegar a viejos, junto al fuego, ante un vaso de vino áspero, relatarán con voz sorda sus recuerdos: «Cuando estuve en la partida...». ■ F. M.